

MONSIEUR VERDOUX, HEROE DE MUERTE Y BURLAS

Por JOSE Ma. PODESTA

Todavía sigue agitándose en torno de la menuda y álcere figura de monsieur Verdoux el torbellino de entusiasmos, decepciones, elogios y vilipendios que desató su aparición por el mundo ilusorio de la pantalla. Pero ya va aplacándose, mientras nuevos estrenos se llevan el torbellino de opiniones, casi siempre ligeras, hacia otra parte. Entre tanto el prolijo cajero, preso para siempre en el trágico destino que le trazó la máquina de filmar, sigue andando por un desatinado universo de celuloide —burlesco como un clown, ágil como un trasgo, al par delicado y siniestro— con su atildada catadura de visjo verde y su pequeña industria de discretos asesinatos. Lo que Chaplin puso en él de mordaz, de juguetón, de sentimental, de sagaz, de criminal, de elegante, pervive siempre con jugosa pervivencia, y pervivirá aún el día que

cuación cada vez mayores, con sutileza afiladisima. Chaplin ajustó, aguzó, acendró ese arduo juego de duelo y risa, de burla y dolor. En "La quimera del oro", en "El circo", en "Luces de la ciudad", en "Tiempos modernos", alcanzó tal vez los ápices de esta comicidad tan compleja. Hay en estas películas escenas perfectamente imborrables de la historia del cine: aquella de la Nochebuena, con su soledad y su desilusión y su inolvidable danza de los panes; aquella en que Carlitos se queda mudo y quieto en medio de la redonda huella del circo, que parece una cicatriz del campo; aquella en que la ciegucecita ve al ridículo pobre diablo en quien los chiquillos ensañan sus travessuras; aquella en que la pluscuamperfecta "máquina-para-dar-de-comer" se descomponé y, entre humaredas y estallidos de cables eléctricos, arroja la so-

rosales. Ahora es un pulcro escandoroso de venenos, asesino prolijo, circunspecto y jovial...

Ahora es un esmerado "bussinesman" de la muerte, pero lleno de piedades y de escrúpulos; es un atildado caballero, pero criminal y bufón; es un festivo viejo verde, pero asesina suavemente a las mujeres que conquista. Aparece helado y siniestro cuando espía el sueño de Mme. Bonheur para darle cloroformo; aparece casi horrible cuando va a matar a Mme. Florey, invocando a Endimión y citando versos. Y al mismo tiempo logra ser travieso, juguetón, repulido, exquisito y lleno de donaire.

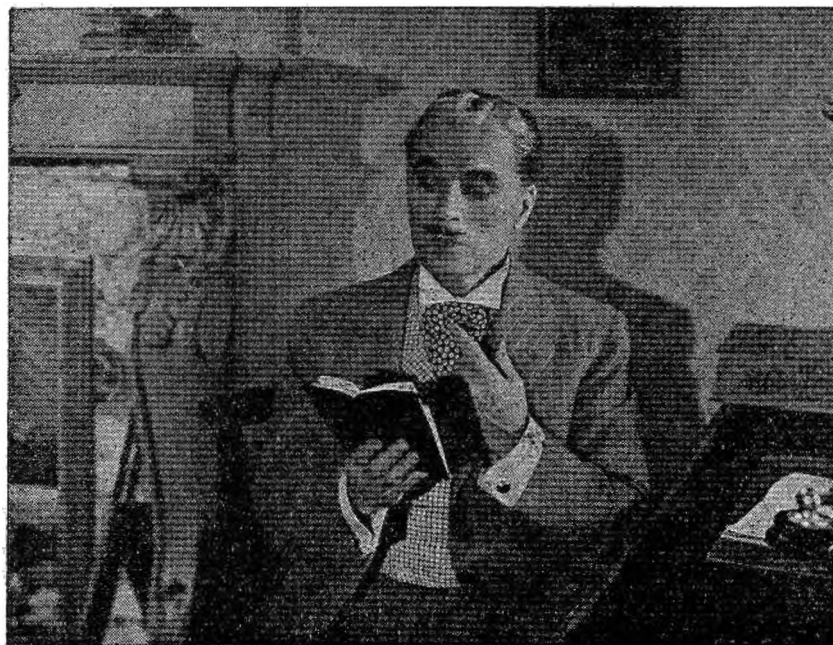
La muerte atraviesa por las aventuras amorosas y jocosas de monsieur Verdoux como vestida de máscara, como disfrazada de muerte; sin convencernos mucho de su apariencia, pero infundiéndonos de pronto la medrosa certidumbre de que tras la careta de muerte está la verdadera cara de calavera, y tras su falsa risa de cartón su verdadera risa de hueso. Pero cara y careta han de confundirnos constantemente, confundiéndonos muerte y risa, sin que la una deje de ser atroz ni la otra deje de ser jocunda. Y estas suertes de equilibrio y escamoteo son las más difíciles que Chaplin haya cumplido en su larga y admirable carrera de increíble prestimano de la risa.

Porque si la muerte es real, no reímos, y si es fingida no nos amedrenta. Ahora nos amedrenta y, al tiempo, hace reír, aunque escondamos la medrosa emoción o callemos la risa. Y aunque sólo riamos, que es lo que todos hacen, tras de la risa andará un recóndito escalofrío corriéndonos sin quererlo, como una pequeña gota helada.

Por veces esa muerte se viste con agrias vestiduras de farsa, y apenas si muestra más verdad que la muerte de un payaso en una pantomima: así cuando las escenas en el bote y las tentativas de asesinato contra Mme. Bonheur, estrelladas contra la más estrepitosa e indestructible supervivencia. Por veces se acerca a nosotros calladamente, como en puntillas, y sobre la risa nos echa un frígido soplo: así cuando la inminencia del asesinato de la muchacha abandonada, mientras ojos y manos remueven un vaivén tenso, pulquérrimo y preciso.

Al fin prevalece ella sola, la Muerte; sola, sin risa, sin súbita caricatura inesperada, sin remedo, sin chasco, sin mofa. La muerte que se lleva a monsieur Verdoux hacia el patíbulo; a un monsieur Verdoux despojado de sus galas de viejo dandy; a un monsieur Verdoux quebrado, gastado, tal vez satisfecho de morir.

Y esta muerte, ésta, diría, marcha hacia la muerte, tan sencilla y tan grave y angustiosa, clausura el juego habilísimo donde burlas y veras han andado sin cesar de la mano enredándose en tantos y tantos encuentros, confusiones, engaños de esta larga película donde monsieur Verdoux, héroe de muerte y burlas, nos enseña un nuevo modo de Danza de la Muerte.



CHARLES CHAPLIN — "Monsieur Verdoux" (EE. UU., 1947)

se haya apagado toda la greguería que despertó su primer encuentro con los espectadores.

Chaplin había jugado muchas veces el difícil juego —difícil y admirablemente jugado, pero ya familiar— del duelo y la risa, de la pena y la gracia. Su máscara nos había mostrado muchas veces la desilusión, la ternura solitaria, la desesperanza, el dolor, el hambre, en tanto nos hacía reír lo que ocurría en torno de esa hambre y esa desilusión; nos hacía reír con dolida risa, bien amarga a veces.

Y esto ocurrió con perfección y ade-

pa a la cara de su víctima y se pone a darle rabiosas bofetadas con una mazorca de maíz. En todas ellas, como en tantas otras, esa maña habilísima para mezclar humor y pena, alcanzó cimas de fineza y de lucidez nunca superadas por nadie.

Pero ahora Chaplin maneja ingredientes todavía más difíciles de mezclar. Juega con la muerte misma, realiza inauditos escamoteos con las chanzas burleras y el helor pálido del crimen, se hace divertidas confusiones con sus minuciosos venenos, cuida su jardín con sollicitudes casi femeninas mientras el crematorio humea entre los